San Juan Evangelista

VIDA DE SAN JUAN EVANGELISTA

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

Con licencia eclesiástica
Imprime: Azahara SL

ISBN: 84-7770-001-x
D.L.: Gr. 90-99

¿Quién fue San Juan Evangelista?

Juan Evangelista fue uno de los doce apóstoles, elegidos por Jesucristo. Fue profeta, apóstol, evangelista, obispo, doctor, mártir, confesor, virgen y fundador de las iglesias de Asia.

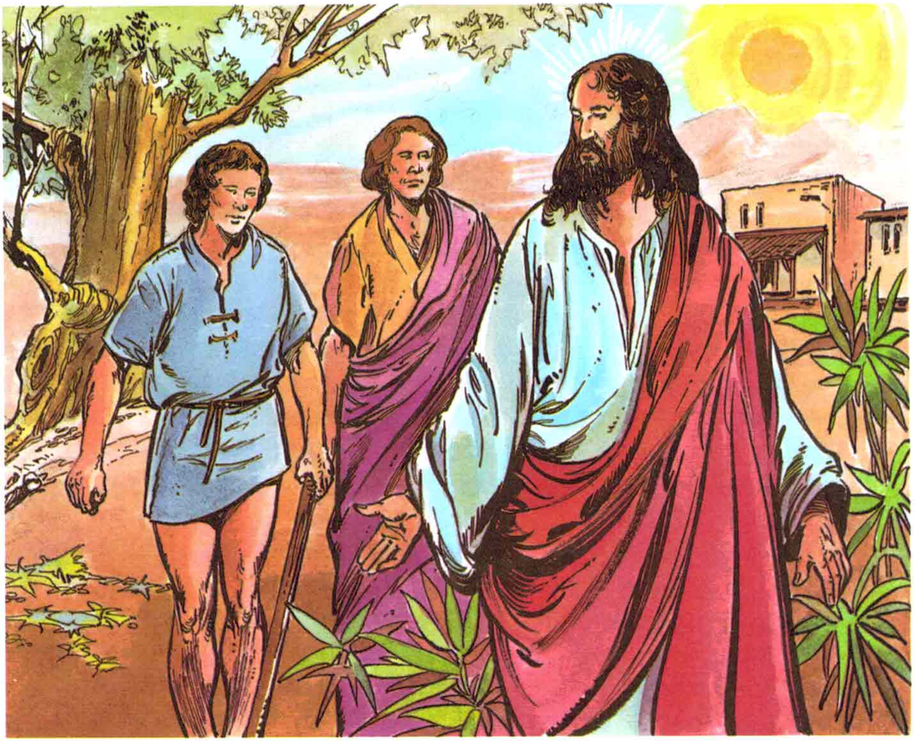
La Sagrada Escritura y la Tradición nos suministran grandes detalles de su vida. Por los Libros Santos sabemos que Juan era natural de Betsaida, pequeña población situada cerca del lago de Genesaret o Tiberiades, hijo de Zebedeo (Mt. 4,21; Mc. 1,19-20) y de Salomé (Mc. 15,40), una de las mujeres galileas que siguieron a Jesús y le sirvieron con sus bienes. Tenía un hermano llamado Santiago, el ***Mayor*** (llamado así por ser mayor en edad que el otro que lleva su nombre, o sea, Santiago, ***el Menor***). Fueron pescadores como su padre.

La situación económica de la familia aparece como desahogada, puesto que Zebedeo tenía a su servicio jornaleros (Mc. 1,20), poseía por lo menos una barca (Mt. 4,21) y pescaba con red barredera (Mc. 4,21)...

Cuando Juan Bautista recorría las orillas del Jordán predicando a las gentes que acudían a él y exhortándoles a penitencia, entonces Juan y Andrés, el hermano de Pedro, que le oyeron, se hicieron discípulos suyos, y por él llegaron a conocer a Jesús (Jn. 1,25-40) al que el Bautista les señaló con el dedo, diciendoles: ***"Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".***

Luego, y directamente, con su hermano Santiago, serían llamados por Jesús al apostolado (Mc. 1,19 ss).

Los dos hermanos, que en los catálogos de los apóstoles figuran siempre juntos (Mt. 10,2 ss), gozan con Simón Pedro, como veremos, de cierta preponderancia entre los doce apóstoles. La fiesta litúrgica de San Juan se celebra el 27 de diciembre en la iglesia Católica y el 26 de septiembre en la Oriental.



Vocación definitiva

Después de la primera entrevista que tuvo Juan con Jesús, se volvió a sus quehaceres de pescador. Aún no había oído la poderosa voz de Jesús, que al llamar a los hombres les da fuerza para abandonarlo todo y seguirle; pero en breve iba a oirla.

Poco tiempo después, caminaba Jesús por la ribera del mar de Galilea, y aconteció entonces que la muchedumbre se agolpaba para oír la palabra de Dios, y viendo dos barcas, subió a una de ellas, que era la de Pedro, al que le rogó la apartara un poco de la tierra, y desde la barca enseñaba a la muchedumbre.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: Navega mar adentro y echa las redes para la pesca. Díjole Simón: ¡Maestro! Toda la noche estuvimos trabajando y no pescamos nada; pero, porque tú lo dices, echaré las redes. Lo hicieron así y captaron tan gran cantidad de peces que se rompían las redes. Entonces hicieron señas a los que estaban cerca de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas hasta casi hundirse.

Al ver esto Simón Pedro cayó a los pies de Jesús, diciendo: ***"Señor, apártate de mi, que soy un hombre pecador"***.

El asombro se apoderó también de Juan y de sus compañeros que estaban en compañía de Simón. Entonces Jesús les dijo: ***No temáis; desde ahora seréis pescadores de hombres.*** Llevaron las barcas a tierra, y dejándolo todo le siguieron (Lc. 1,1-11; Mt. 4,18-22; Mc. 1,16-20).

Jesús los llamó y ellos correspondieron a esta vocación o llamada. La vocación exige correspondencia.

Juan Evangelista tuvo muy presente en su vida la hora de su vocación, y así escribe en su Evangelio: ***"La hora era como la décima"***, esto es, las cuatro de la tarde (Jn. 1,39).

Juan Pablo II al hablar de las vocaciones sacerdotales nos da estas consignas: ***Orar, llamar, responder.***

1.° ***Orar,*** porque Jesús nos dice: ***Orad al Señor de la mies.***

2.° ***Atender*** a sus palabras de llamada: ***"Venid en pos de mi y os haré pescadores de hombres"*** (Mt. 4,19).

3.° ***Responder*** con prontitud como Pedro y Juan, que al instante le siguieron.

Los hijos del trueno

Juan y sus compañeros, elegidos por Jesús, no llegaron ni con mucho a la cumbre de la perfección en el instante en que respondieron al llamamiento divino.

Un día, teniendo que pasar el Señor por la ciudad de Samaria, de camino para Jerusalén, despachó a algunos delante de sí para que preparasen algo de comer; pero los samaritanos, al conocer que eran judíos, no quisieron recibir al Salvador. Entonces Juan y Santiago indignados, dijeron a Jesús: ***"¿Quiéres que mandemos que llueva fuego del cielo y los abrase?".*** (Esto motivó que Jesús llamase a los dos "boanerges" o "hijos del trueno", para indicar su ardiente temperamento (Mc. 3,17).

Jesús, vuelto a ellos, les reprendió, diciendo: ***"No sabéis de qué espíritu sois".*** El había venido a traer fuego a la tierra, pero era el fuego de la caridad y del amor...

Estos discípulos siguieron ignorando a qué espíritu pertenecían, pues no entendieron las palabras del Maestro; Salomé, su madre, que seguía a Jesús para atenderles con otras santas mujeres, participaba de la misma ignorancia.

Un día, concertada ella con sus hijos, se acercó a Jesús con cierta familiaridad y franqueza y le dice: "Maestro, quisiéramos que nos concedieras todo cuanto te pidamos". ***¿Qué queréis?,*** les preguntó Jesús, y prosiguió Salomé: ***"Dispón que estos dos hijos míos tengan su asiento en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda".***

Mas Jesús, conociendo que la petición venía de sus hijos, se vuelve a ellos: "No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber?". Ellos sin entender todo el sentido de su pregunta, repondieron: "Podemos". El Salvador les predijo entonces el martirio, y como éste encierra la ciencia sublime de la inmolación, sería el que les conduciría a la santidad y a la posesión de su reino en el cielo.

Los predilectos de Jesús

Estos tres: Pedro, Santiago y Juan fueron ciertamente los predilectos de Jesús, pues fueron los únicos escogidos para ser testigos directos de la resurrección de la hija de Jairo (Mc. 5,37), de la transfiguración de Jesús en el Tabor (Mc. 9,2 ss) y de su angustia en Getsemaní (Mc. 14,33 ss).

Bien merece fijemos nuestra atención en lo sucedido en la resurrección de la hija de Jairo. Jairo habitaba en Cafarnaún y era jefe de la sinagoga, al ver a Jesús se arrojó a sus pies y con insistencia le rogaba diciendo: "Mi hijita está en las últimas; ven e imponle la manos para que sane y viva. Se fue con El, y le seguía una gran muchedumbre que le apretaba". En el camino sucedió que una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía muchos años y había gastado toda su hacienda en consultas con médicos y sin adelanto alguno, habiendo oído lo que se decía de Jesús, se decía: ***Si tocase siquiera su vestido sería curada,*** y viniendo por detrás entre la muchedumbre tocó su vestido, y al punto se sintió sana.

Jesús se volvió y dijo: ***¿quién me ha tocado?*** y los apóstoles le contestaron: ***¿Cómo dices que alguien te ha tocado si todos te apretujan y tocan? Alguien*** le había tocado con fe. Era la hemorroisa. Vuelto Jesús a ella, le dijo: Tu fe te ha salvado.

En esto se llegaron de la casa de Jairo, que acompañaba a Jesús, y le dicen: "Tu hija ha muerto, ¿por qué molestar ya al Maestro?". Esto lo oyó también Jesús, y le dijo: "No temas, ten sólo fe". Llegados a casa de la difunta, vio el alboroto y los que lloraban, y les dijo: "La niña no está muerta, está dormida", y se reían de El... Jesús quiso entonces que se retirasen todos, y le acompañasen Juan Evangelista con los otros dos apóstoles y sus padres, y al llegar al lecho de la niña, la tomó de la mano, y le dijo: "Niña, levántate", y al instante se levantó y echó a andar. Todos se admiraron. Era una prueba de que Jesús es Dios que todo lo puede.

La transfiguración en el Tabor

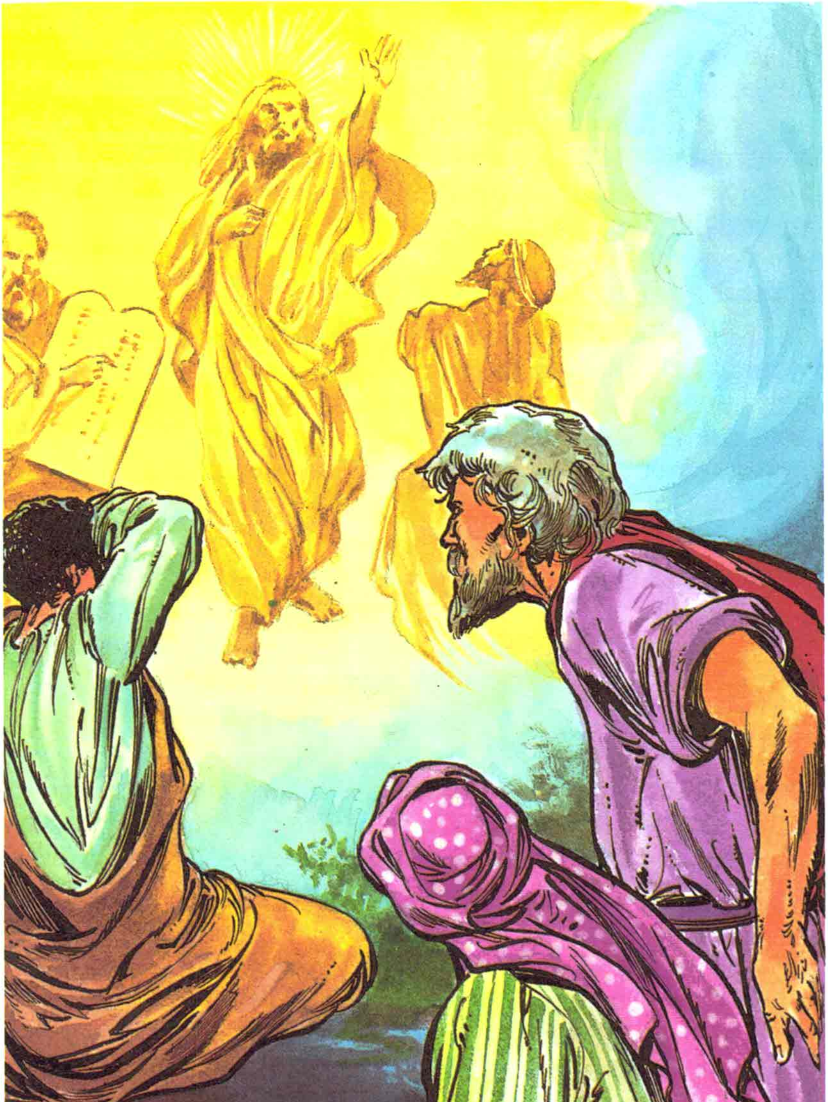
A unos diez kilómetros de Nazaret hay un monte alto, llamado el Tabor. A este monte, según la tradición, y después de pasados seis días desde la confesión y primado de San Pedro, llevó Jesús consigo a este apóstol y a Juan juntamente con su hermano Santiago, para orar en él, y sucedió que mientras oraba, su rostro tomó otro aspecto, y se transfiguró delante de ellos: su rostro brilló como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la luz, y tan blancos y resplandecientes como no los puede blanquear ningún lavandero de la tierra.

Jesús con su transfiguración se propuso confirmar y fortalecer en la fe a sus apóstoles, especialmente a sus tres predilectos: Pedro, Santiago y Juan, los que le habían de acompañar la víspera de su Pasión en Getsemaní, para que cuando le vieran después humillado y sufriendo tanto supieran que El pasaba por tales sufrimientos, porque quería, voluntariamente, salvar a los hombres.

En el monte Tabor manifestó, pues, su gloria a los tres apóstoles que le acompañaban, y entonces una nube luminosa los cubrió, y de la nube salió esta voz: ***"Este es mi Hijo amado..., escuchadle"***.

Reflexionemos: "Si a cualquier pueblo, culto o salvaje, se dijera que la voz de un Dios había sido escuchada en el espacio, o que se había descubierto un trozo de pergamino con palabras enviadas desde otro planeta... imaginemos la conmoción y el grado de curiosidad que esto produciría, tanto en cada uno, como en la colectividad.

Pero Dios Padre habló para decirnos que un hombre era su Hijo, y después nos habló por medio de su Hijo y enviado suyo (Heb. 1,1) diciendo que sus palabras eran nuestra vida. ¿Dónde, pues, están esas palabras? y ¡cómo las deverían devorar todos! Están en un libro pequeño que está al alcance de todos. ¡Es el Evangelio de Jesús!... y casi nadie lo lee" (P. d'Aubigny).



La Sagrada Cena

Juan Evangelista es uno de los discípulos, después de Pedro, que aparece como el más distinguido y amado del Señor, y él mismo reconoció que Jesús le tenía esta predilección, pues se señala en su Evangelio como ***"el discípulo a quien amaba Jesús"*** (Jn. 13,23; 19,26; 20,2; 21,7; 20), y este amor de preferencia fue sin duda porque San Juan amó mucho la pureza, y según la tradición es considerado como el apóstol "virgen".

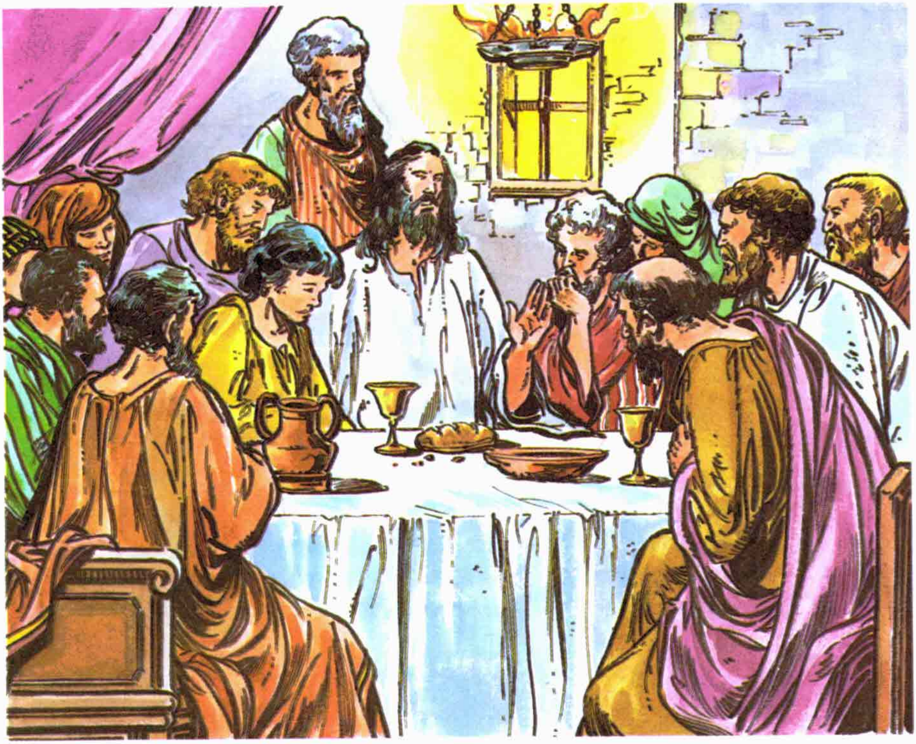
En la noche de la Cena, Juan reclinó su cabeza sobre el costado del Maestro y se vio como una niño pequeño acariciado por su padre. Entonces Juan cerró los ojos corporales para que su alma viese mejor los tesoros espirituales allí encerrados y bebería en su misma divina fuente la doctrina del amor que después difundiría por el mundo entero en sus escritos.

Ninguno como él, según lo manifiesta en su Evangenlio y en sus Cartas, pone de relieve el gran amor que Dios nos tiene y cómo nos enseña a amar a Jesucristo, a amar al prójimo y amar a la Santísima Virgen.

El tema central de su primera carta es éste: "Dios es amor" (4,8). Y Dios no sólo ama, sino que es la esencia del amor. El que ama verdaderamente a Dios guarda sus mandamientos... ***"Amarás al Señor tu Dios..."***. El que no ama a los hombres, que son imagen de Dios, ese no ama a Dios.

Tal es la sublime doctrina que predicó toda su vida: y cuando la debilidad de los años, por ser muy ancianito, no le permitía discursos más largos, se limitaba a decir a los fieles en las asambleas: ***Hijitos míos, amaos unos a otros.*** Y ¿por qué nos repetís siempre una misma cosa?, le preguntaban. Y respondía: ***Porque éste es el mandamiento del Señor; y, si se le observa, es bastante.***

¿Es así como entendemos nosotros la caridad?



Testigos de su Pasión

Junto a la ciudad de Jerusalén, y en la parte baja de la ladera del monte de los Olivos, está Getsemaní o Huerto de los Olivos donde Jesús acudía con sus discípulos (Jn. 18,2). San Lucas lo dice así: ***"De día Jesús enseñaba en el templo, y por la noche salía para pasarla en el monte llamado de los Olivos"*** (Lc. 21,37).

Después de la Cena legal, y al parecer poco antes de instituir Jesús la Eucaristía, salió Judas del Cenáculo para concluir el sucio negocio de la traición. Ocho de los apóstoles se quedaron cerca de la entrada de Getsemaní; los otros tres

Juan con su hermano Santiago y su amigo Pedro, los que habían estado con Jesús cuando resucitó a la hija de Jairo y cuando su rostro resplandeció como el sol en el monte Tabor, le siguieron al interior del Huerto de los Olivos.

Estos tres estaban fortalecidos contra el escándalo que había de producirles la muerte del Maestro, ya que habían visto su gloria prefigurada en el esplendor de la Transfiguración.

Al entrar en el Huerto, Jesús les dijo: ***Sentaos aquí hasta que vaya allá y ore*** (Mt. 26,36).

Y empezando a "entristecerse y angustiarse", dijo a los tres: ***"Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo".***

Isaías había profetizado que Jesús cargaría con los pecados de todos los hombres y le tocaría sufrir mucho, y así sucedió, y al ver El los sufrimientos inminentes de su Pasión debido a los pecados que se cometían, oró así: ***"Padre mío, si es posible, pase de mi este cáliz de la Pasión, sino hágase tu voluntad".***

Jesús y el Padre era uno por razón de su naturaleza divina, pero por su naturaleza humana sentía miedo a la muerte, pero la aceptó para salvarnos a todos.

En esto llegó Judas con los del Sanedrín a prender a Jesús... Entonces todos los apóstoles huyeron, pero quedaron Juan y Pedro que le siguieron hasta la casa de Caifás...

En el Calvario

Cuando Juan se enteró que Jesús había sido sentenciado a muerte, corrió al lado de la Virgen para consolarla, y cuando Ella tomó un manto y sale aprisa del Cenáculo para salir al encuentro de su Hijo, ningún otro discípulo se atravió a acompañarla más que aquel joven heroico que no le importó el peligro de exponerse a morir con El en otra cruz antes que dejar ir sola a la Virgen entre aquella chusma sangrienta y salvaje.

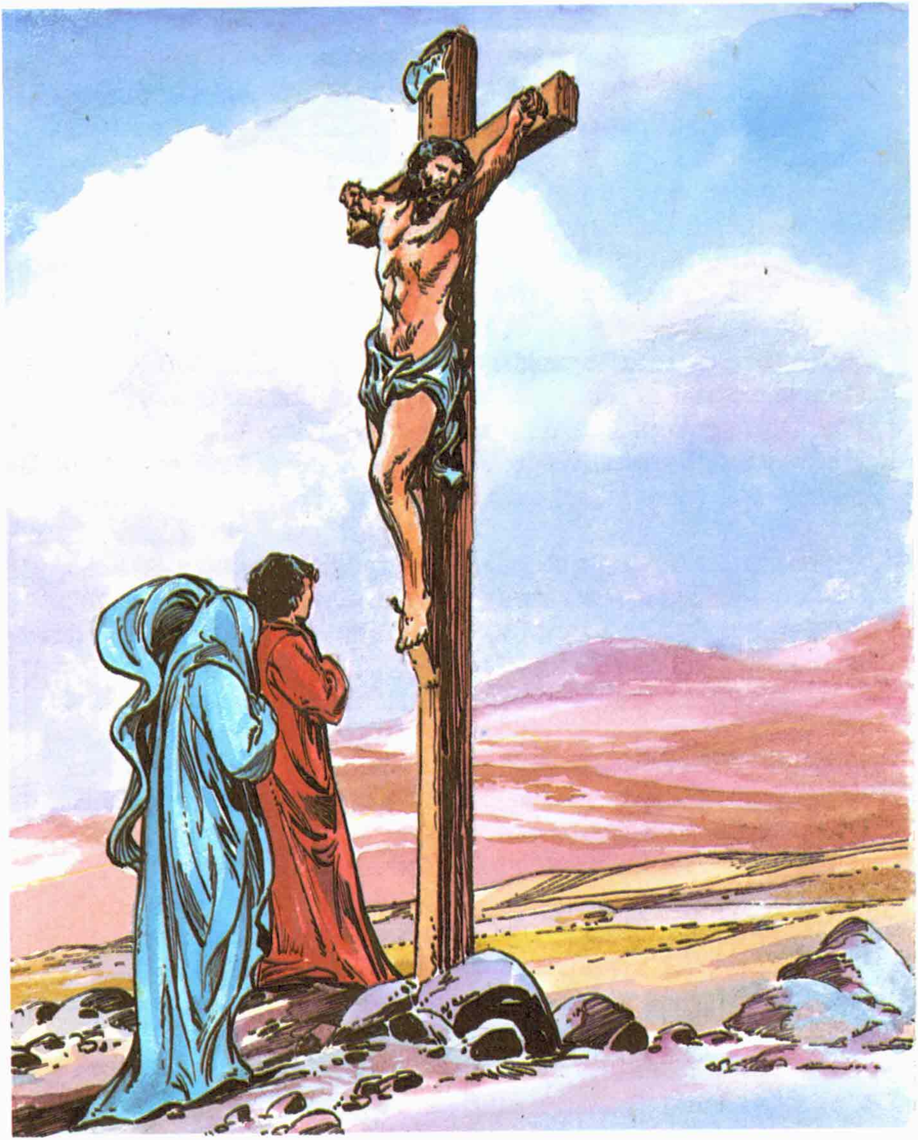
Es de admirar la firmeza y constancia de Juan y ver como sin desfallecer siguió a Jesús hasta el Calvario. Allí premaneció en pie junto a su Madre, y María Magdalena, y María, la mujer de Cleofás, haciendo compañía a la Madre Virgen y Reina mártir que, traspasada por la espada del dolor, llora a su Hijo.

Momento solemne fue éste. Abre Jesús los ojos cerrados por el tormento y ve a María su Madre, y al discípulo amado junto al El. ***"Mujer,*** dice, ***ahí tienes a tu hijo".*** Y después, mirando al discípulo: ***"He ahí a tu Madre".*** Y desde aquel momento se encargó el discípulo de Ella.

Notemos que cuando nuestro Señor habló a Juan no se refirió a él como Juan, porque en tal caso se habría referido tan sólo a un hijo del Zebedeo. Más bien en él se encomendaba toda la humanidad a María, la cual llegó a ser Madre espiritual de todos los hombres, pues por Ella nos vino Jesús, autor de toda gracia y santidad.

Jesús constituyó a su Madre como Madre nuestra desde la cruz. Este fue el último don de Jesús a los hombres. Pero ¿cómo fue posible este don? Nada más claro: Jesús pudo darnos a su Madre y de hecho nos la dio.

La palabra divina se diferencia de la palabra humana en que produce inmediatamente su efecto, obra lo que significa, crea lo que dice: ***"Lo dijo y fueron hechas todas las cosas"*** (Sal. 33). Las palabras de Jesús son palabras de un Dios.



La Resurrección del Señor

Jesucristo había ya anunciado varias veces a sus apóstoles que El iría a Jerusalén donde le tocaría sufrir mucho y que sería crucificado y muerto, pero que al tercer día resucitaría.

Esta profecía se vio cumplida. Sucedió que al tercer día de la muerte del Señor, fue María Magdalena al sepulcro con Salomé, y habiéndolo hallado vacío, volvió apresuradamente a la casa donde Juan y Pedro estaban, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sé donde lo han puesto". con esta noticia se conmovieron los dos apóstoles y se encaminaron al sepulcro. Corrían ambos a la par; mas Juan, que era más joven, corrió más aprisa, llegó primero. Habiéndose inclinado vio los lienzos, pero no entró; después que Pedro hubo entrado, él también entró, y vio y creyó.

Durante los cuarenta días que mediaron entre la Resurrección y Ascensión, multiplicó Jesucristo sus apariciones para que todos los discípulos quedasen bien convencidos de la realidad del portentoso milagro.

Estaban pescando en el lago de Tiberiades, cuando se presentó Jesús en la orilla; pero no lo reconocieron. Renovó el Maestro el prodigio de la pesca milagrosa, y de pronto cayó en la cuenta el discípulo amado y dijo a Pedro: ***"Es el Señor"***. A este propósito observa San Ambrosio que la virginidad fue la primera que reconoció a aquel cuerpo virginal.

En esta aparición, después que el Salvador hubo confiado a Pedro el cuidado de su rebaño, también le predijo que moriría en cruz. En cuanto a Juan, le anunció en términos velados, que, sin dejar de beber el cáliz de Jesús, como los demás apóstoles, moriría sin violencia.

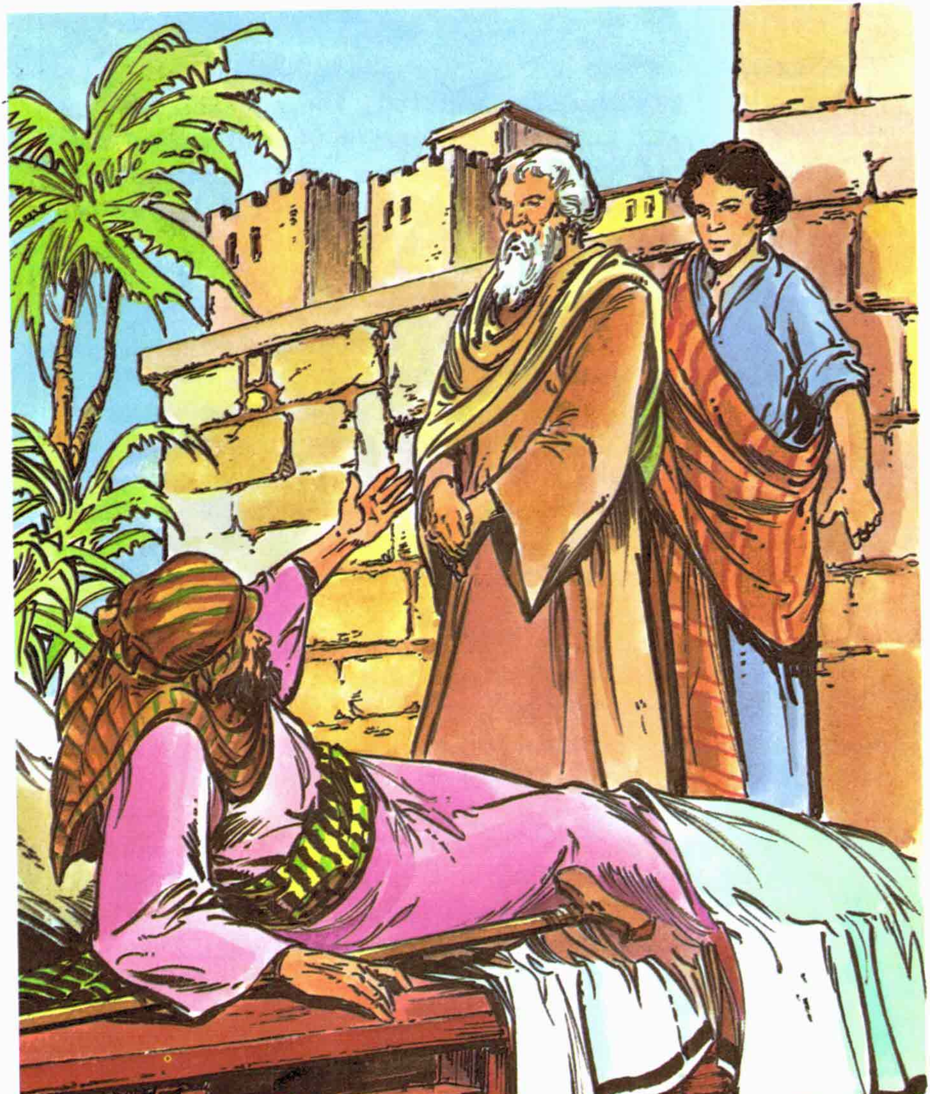
Después de Pentecostés

Después de la venida del Espíritu Santo, no se ausentó San Juan de Jerusalén tan pronto como los demás apóstoles, pues tenía que velar por la divina Madre, inestimable tesoro que nuestro amantísimo Redentor le había confiado antes de abandonar la tierra.

Según consta por tradición, vivía en su casa del monte Sión, en compañía de la Santísima Virgen María, de la que también pudo llamarse hijo predilecto.

El "hijo del Trueno", que antes parecía tan fogoso y vengativo, era ya dechado de bondad y mansedumbre; su corazón había sido moldeado en el del Divino Cordero. Acompañaba diariamente a la afligida Madre que, en peregrinación, iba recorriendo las diversas estaciones santificadas por los padecimientos de su divino Hijo. ¡Sublimes sin duda serían los coloquios entre aquellos dos corazones! Por aquellos días tuvo lugar el milagro que se nos narra en los Hechos de los Apóstoles: ***Subían un día Pedro y Juan al templo a la hora de nona. En la puerta hallaron a un cojo que les pedía limosna; fijaron ambos en él los ojos y le dijeron: "Míranos". Y él los miraba con atención esperando le diesen algo; más Pedro añadió: "No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: En el nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda". Y al instante quedó curado.***

Admiróse el pueblo de este milagro, rodeó a los apóstoles para escuchar su doctrina. Alarmados por ello los príncipes de la Sinagoga, se apoderaron de ambos predicadores y los metieron en la cárcel. Al día siguiente, en que comparecieron ante el tribunal, les intimaron a que dejaran de predicar en nombre de Jesús más Pedro y Juan respondieron: ***"Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres..."*** más tarde fueron azotados y luego los despidieron, sintiéndose dichosos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús...



El Obispo de Efeso

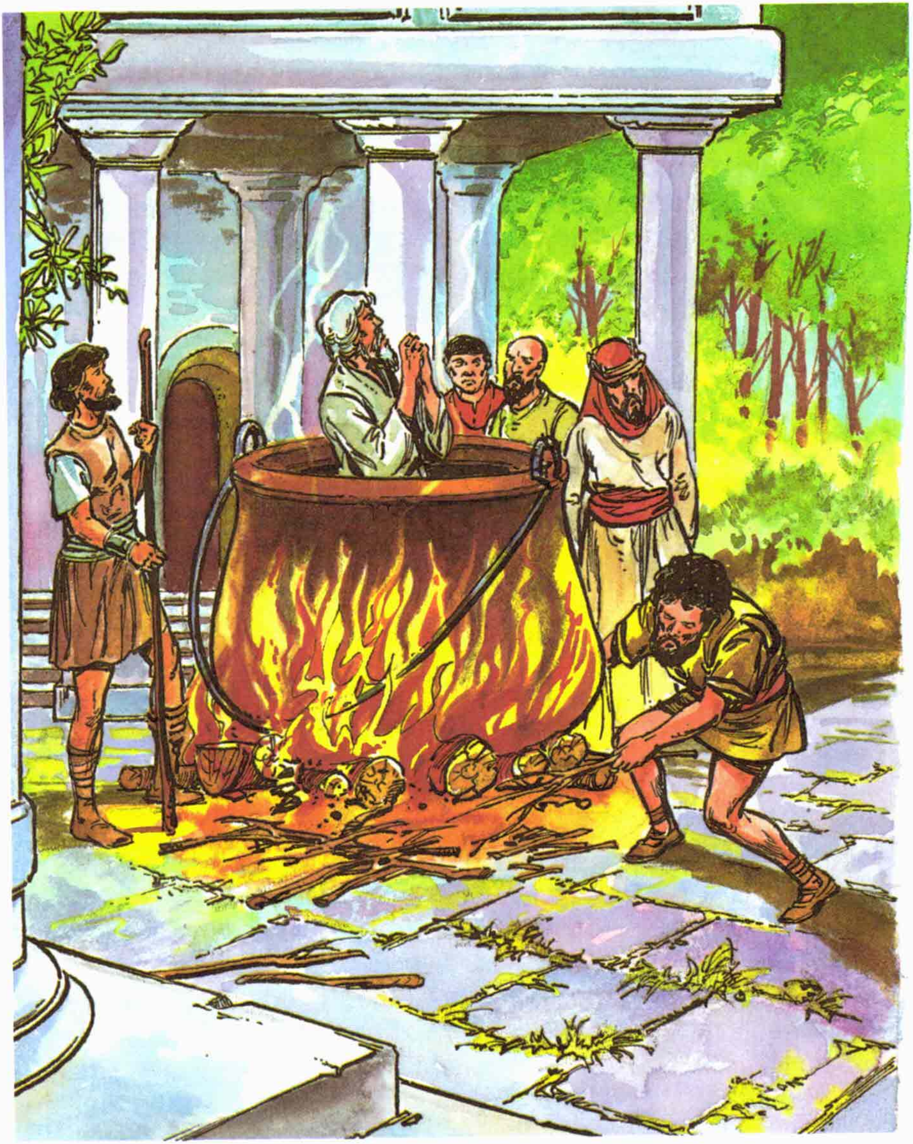
Según nos refiere la tradición más fehaciente la Virgen María murió en Jerusalén. San Juan Damasceno dice que los apóstoles poco antes dispersos por el mundo, se hallaron reunidos en esta Ciudad Santa por una admirable Providencia. Como nos enseña la Iglesia, el cuerpo virginal de María no sufrió la corrupción y al poco tiempo de estar sepultada, resucitó y fue trasladada en cuerpo y alma al cielo.

San Juan, después del tránsito de Nuestra Señora, dejó definitivamente Jerusalén, y fue a establecerse en Asia Menor, fijando su residencia en Efeso.

Con ocasión del Concilio que tuvieron los Apóstoles en Jerusalén, Juan Evangelista es nombrado por San Pablo, al lado de Pedro y Santiago como una de las "columnas" de la Iglesia (Gál. 2,9), y ésta es la última vez que le encontramos en Jerusalén. Cuando Pablo regresa allí el año 57, encuentra a Santiago y a los presbíteros, pero no a Pedro ni a Juan, ni a ningún otro apóstol.

San Juan ya estaba en Asia, donde fundó varias iglesias, combatió herejías y escribió sus tres Cartas, pues por ellas deducimos que su autor está en Asia y goza allí de autoridad, y allí escribió también su Evangelio en el que nos habla conceptos sublimes de la divinidad de Jesucristo.

A favor de esta tradición histórica, tenemos el testimonio claro y terminante de San Ireneo, que vivió en el siglo II (y fue discípulo de San Policarpo y éste a su vez lo fue de San Juan) y nos dice: "...luego Juan, discípulo del Señor, que incluso reposó sobre su pecho, él mismo publicó un Evangelio durante su permanencia en Efeso de Asia"... y con este testimonio concuerdan otros muchos más que pudiéramos aducir.



Martirio del Apóstol Juan

Según la tradición San Juan fundó y organizó iglesias en las principales ciudades del Asia Menor, y como florecieran en aquellas regiones comunidades cristianas y diera esto lugar a que el culto pagano tributado a Diana tendía a ser extinguido, los sacerdotes de los falsos dioses denunciaron al Santo Evangelista y lograron prenderlo y llevarlo a Roma ante el emperador Domiciano como despreciador de los dioses y sacrílego.

El filósofo Tertuliano recoge una tradición según la cual el apóstol salió ileso de una caldera de aceite hirviendo en la que había sido introducido. Este hecho milagroso de haber salido de la caldera más fuerte y vigoroso que había entrado, causó gran admiración, y se dice que Domiciano atribuyó el milagro a la magia y no se atrevió a dar muerte al Santo, y lo desterró a la isla de Patmos, en el mar Egeo, para que trabajase en las minas de hierro que allí había.

En esta isla tuvo una grande y misteriosa visión en la que se le mandó escribir todo lo que veía en ella, y entonces fue cuando escribió el Apocalipsis. Esto fue sobre el año 95, y en el 97, después de la muerte de Diocleciano, habiendo anulado el Senado romano los decretos del tirano, pudo nuestro glorioso Santo volver a Efeso, donde murió sobre el año 101, ya muy cargado de años y de méritos.

Nuestro Señor le había dicho a Juan que bebería el cáliz de su Pasión, y como todos los apóstoles sería mártir, y lo fue por sus sufrimientos, encarcelamientos y azotes y viajes penosos, más sus últimos años fueron de mucha paz y murió apaciblemente. Según los historiadores queda en pie la tradición más antigua y mucho mejor atestiguada, que sostiene la longevidad de este apóstol, su larga permanencia en Efeso, y su muerte tranquila en esta ciudad, donde arqueológicamente está demostrada la existencia de su basílica-sepulcro.

9 788477 700012